

Y lo mismo aconteció a otros amigos de Luciano.

La casa fué adquiriendo bajo aquella idea de un lugar para cada cosa y cada cosa eternamente en su lugar, un aspecto frío de museo de curiosidades.

Pero lo terrible fué cuando nació Juan José, el hijo mayor que ahora iba a cumplir sus veinte años. Mientras fué un niño de brazos, la limpieza y el orden pudieron seguir su curso normal, pero cuando el pequeño comenzó a caminar y a quebrar chucherías y a dejar pocitos aquí y allá, entonces fué desterrado despiadadamente del hogar, junto con la china. Mi hermana Estefanía me contaba que bastantes veces fueron a su casa los hijos de Guadalupe y Luciano con su niñera, a buscar refugio durante un aguacero, porque en su casa no tenían cabida; y recuerdo haber encontrado a uno de ellos entretenido jugando con el contenido del cajón de la basura, manchándose el lindo trajecito de seda, mientras la criada conversaba con nuestra cocinera. Seguramente Guadalupe creyó cumplir con sus deberes de madre, vistiendo a su hijo cual si se tratara de un muñeco caro, con encajes, muselinas o sedas, peinándole los colochitos de oro y perfumándolo con polvos opoponax; concluida esa tarea, lo echaba a la calle con su china para que no le ensuciara los corredores de mosaico.

Una vez oí decir filosóficamente a la niñera de Renée, la hija que ahora tenía dieciocho años:—¿En dónde nos tocará pasar este año los aguaceros a Renecita y a mí? El año pasado íbamos a escampar casi siempre en la zapatería de la esquina.

Probablemente llegó un día en que el pobre Luciano no pudo más, y después de haber estado alejado de mí durante mucho tiempo, fué a buscarme para contarme su pena: en su casa no era más que una víctima de la manía o virtud de orden y aseo de su mujer, hacia quien sentía ahora una especie de tirria. Ya no la llamaba Lupita, sino Guadalupe.

¡Qué aspecto decaído tenía ese día! Mientras me hacía confidencias, yo contemplaba su rostro adornado con aquella su barbilla y sus bigotes a la Richelieu, lacios en este momento, las guías no enhiestas ni conquistadoras, sino caídas a los lados de la boca; y me embargó una profunda lástima por él. Era la primera vez que yo ponía atención de esa manera, en la figura de mi amigo y pensé en el día en que la vanidad lo decidiera a llevar así los pelos de su cara.

Había engrosado mucho, y el color encendido del rostro y cierta hinchazón de los párpados, me hicieron temer su incontinencia en la bebida.

Después volvió muy a menudo y en

su traje descuidado se vengaba de la limpieza y esmero de su hogar.

Su voz y sus gestos revelaban odio por la esposa, que ya no era la gentil criatura de antaño, sino una despótica dama con tendencias a la obesidad.

La parte de su casa que más lo exasperaba era el zaguán de bruñido pavimento, paredes inmaculadas y ambiente sombrío.

Apenas los niños tenían edad, iban a pasar a algún internado: los chiquillos al Seminario, la niña al Colegio de Sión.

Luciano huía de su hogar como un pájaro huiría de una urna de cristal, de esas bajo las cuales guarda una imagen entre floraciones de oro y plata, una doncella vieja y meticulosa. Le tenía horror a sus muebles relucientes, a sus pisos como espejos y a su frialdad.

Tuvo aventuras amorosas fuera de casa, lo cual dió lugar a escenas terribles con su mujer, que era muy vanidosa y no quería pasar a los ojos de sus amistades por esposa engañada.

Por fin la neurastenia se apoderó de su ánimo y los años transcurrieron con el espíritu agarrotado por las cuerdas fuertes, aunque imaginarias, de esta enfermedad cruel.

Y ahora estaba allí, ante mí, con el cráneo agujereado por una bala.

La voz gemebunda de Guadalupe contaba por centésima vez el suceso a alguien que acababa de llegar:

—Luciano fué contra su costumbre al dormitorio grande, que nadie usaba, y al poco rato oyeron la detonación. Cuando acudieron estaba tumbado boca arriba sobre la cama, los sesos sanguinolentos sobre la colcha de seda!...

Yo pensé: fué su última venganza, inutilizar alguna de aquellas colchas de seda que Guadalupe extendía sin una arruga sobre el lecho matrimonial.

Entró Renée, la hija bautizada con un nombre francés porque nació en la época en que Luciano se complacía en mezclar términos de la lengua de oil en su conversación. Era gentil y esbelta como la madre... Pero ¿llevaría enroscada dentro de su cabeza en flor alguna manía exasperante?

CARMEN LIRA

Junio de 1924.



## Ni caudillos, ni feudos

Bogotá, abril 30 de 1924

Vargas Vila.

Barranquilla.

Bogotá hubiérale tributado ovación que merecen su talento y su carácter. Estréchole la mano cordialmente.

RICARDO TIRADO MACÍAS

Barranquilla, mayo 3 de 1924

Ricardo Tirado Macías.

Bogotá.

Parto de aquí adolorido no poder ir Bogotá en esta hora trascendental de fuerza, y nueva orientación de la conciencia liberal hacia el culto de las ideas, volviendo la espalda al culto de los hombres;

ideales y no caudillos;  
partidos y no feudos;  
esa debe ser la divisa del momento;  
le tiendo cariñosamente la mano y  
le digo adiós;  
viejo amigo;

VARGAS VILA

Medellín, abril 30 de 1924

José M. Vargas Vila

Barranquilla.

Bienvenido a la tierra colombiana. Séanle propicios los aires de la patria. Amigo reconocido.

C. E. RESTREPO

Barranquilla, mayo 4 de 1924

Carlos E. Restrepo

Medellín,

Contesto agradecido el saludo del Patricio Ilustre, del Maestro de la Probidad en el Poder y me despido de él estrechándole la mano.

VARGAS VILA

(El Día, Barranquilla).

## Sanín Cano

Se ha dicho por la prensa de Barranquilla que Baldomero Sanín Cano, vendrá próximamente a Colombia y ocupará su curul en la Cámara de Representantes. La noticia nos alegra vivamente. Sanín Cano es uno de los intelectuales de pensamiento más rico y más nuevo que tiene el país, y seguramente el escritor colombiano de hoy más conocido en Europa y Sur América. Sanín Cano se ha formado en la agitada vida occidental de esta última época una mentalidad eminentemente moderna, un espíritu saturado de actualidad, sacudido por las inquietudes ideológicas de la Europa contemporánea. Sus escritos para la prensa